



A un paso de la Navidad 2021

En el primer número del Boletín, se decía que la Asociación Cultural “Amigos de Macotera”, se ponía en marcha con el propósito de fomentar la amistad, de ser una plataforma de encuentro y de servir de medio de comunicación, es decir, un vehículo de participación, en el que podemos intervenir todos con nuestras colaboraciones o saboreando los decires y comentarios que se transmiten a través de sus páginas.

En la vida humana, figuran dos sentires que cada persona tiene necesidad de compartir con otros, que no se pueden vivir individualmente: La alegría y el sufrimiento. Una alegría, que no se comparte, es una alegría empequeñecida y descafeinada.

De espejo. Normalmente, nos alegramos con los otros, si no, no tiene sentido la alegría.

En estas fechas, en que termina un año y comienza otro, nos llega la necesidad de disfrutar con los familiares, con los amigos, y, cuando, por muchos inconvenientes, se queda uno lejos, surge la nostalgia al calor de la lumbre. Y también el sufrimiento tenemos necesidad de compartirlo. Cuando uno sufre, busca que los otros le escuchen, le ayuden, le comprendan, le animen y le consuelen. En este tiempo, hemos tenido que sentir los efectos y la angustia de una pandemia, que nos ha desolado y devastado en todos los aspectos humanos anímica y económicamente. Y hemos sentido al otro a nuestro lado, previniendo todo lo que podía ser un contagio y respetando las medidas institucionales, y hemos valorado el esfuerzo y el riesgo, que han soportado nuestros sanitarios en la lucha por vencer tanto mal, que siguen practicando con



la vacunación de la población. Esto también es Navidad: sembrar la salud y la paz.

Y Navidad es compartir, es decir, partir con. Partir el pan con los que no tienen y con los que han sido mordidos por la catástrofe “inmisericorde” de la naturaleza, que demandan nuestra solidaridad, pues les han dejado sin casa, sin trabajo, sin presente y con un futuro incierto, y esta generosidad también es Navidad.

Y también es Navidad ser amable con los demás, y más con aquellas personas que por diversos motivos se encuentran solas y necesitan una muestra de cariño, un rato de charla y comprensión. La atención es la caricia más hermosa que podemos ofrecer.

Y también es Navidad la convivencia familiar navideña bajo el abrazo de la claraboya y al calor del brasero, compartiendo manjares, burbujas chispeantes de champán, villancicos al son de la pandereta y muchas sonrisas de felicidad.

No es extraño que, para mucha gente de nuestro tiempo, la Navidad queda reducida a lo externo y a lo comercial: luces de colores que iluminan las calles y plazas, belenes escalofriantes instalados en grandes almacenes para llamar la atención de sus productos: publicidad que nos absorbe la vista y los oídos durante semanas; loterías millonarias que nos invitan a soñar ilusiones... Todo un comercio montado alrededor de la Navidad, que nos hacen olvidar lo trascendente de la historia de la humanidad.

Y con estas reflexiones, el boletín os desea felices Pascuas a todos..

Noticias de Macotera

Ayuntamiento de Macotera 21 de septiembre 2021

Acabada la campaña de vacunación propuesta y prevista por Sanidad, y teniendo a la población residente en Macotera vacunada, queremos agradecer desde el Ayuntamiento y en nombre de nuestros vecinos, el trabajo y el esfuerzo de todos los sanitarios, pero, especialmente, el empeño, colaboración y dedicación que nuestra paisana, Feli Bueno Bautista, enfermera de la Zona Básica de Salud de Peñaranda, ha mostrado desde el inicio de la pandemia. Valoramos su buen hacer, disposición y ayuda en cada llamada, que emitíamos desde Macotera. Gracias, Feli, por tu amabilidad, tu vocación y tu disposición para con tus vecinos y el resto de pacientes, que han pasado estos meses por tus manos.

AGENDA CULTURAL
Macotera 2021/2022
Inscripciones
del 27 de septiembre al 13 de octubre
Ayuntamiento de Macotera

CURSO	PRECIO
Zumba	60 €
Pilates	60 €
Cocina	60 €
Pintura	60 €
Inglés (refuerzo y apoyo)	A concretar una vez inscritas las personas interesadas
Matemáticas	60 €
Bollos	60 €
Balles charros	60 €
Escuela de Dulzaina	Inscripciones hasta el 30 de septiembre de 2021 comienzo el 15 de octubre

MAS INFORMACIÓN SOBRE DÍAS Y LUGARES DE IMPARTICIÓN EN EL AYUNTAMIENTO

TODOS LOS CURSOS PARTIRÁN CON UN MÍNIMO DE ALUMNOS.
DESCUENTOS:
- LOS ALUMNOS INSCRITOS EN DOS O MÁS CURSOS OBTENDRÁN

El Club Atletismo Macotera Jamón Prim se ha proclamado subcampeón de España de la Media Maratón Máster en Oruña de Piélagos (Cantabria)



La localidad de Oruña de Piélagos ha acogido el Campeonato de España de la Media Maratón, el fin de semana del 18 de

septiembre. Y como el Club Atletismo Macotera Jamón Prim, no se pierde una prueba, allí se fue con su gente. Y no se vino de vacío, pues Roberto Bueno fue medalla de plata en la categoría M-40, y, además, junto con su hermano Juan y Jorge Nieto lograron la medalla de plata en M 35-40 para el Club Atletismo Macotera Jamón Prim, y, con ello, el Subcampeonato de España de Media Maratón por equipos.

En la prueba M-35, Juan Bueno fue noveno en la meta; y en la M 45, Jorge Nieto se quedó a un paso del podio, pues entró en cuarto lugar.

Y el 14 de noviembre, logró el Subcampeonato de España de Maratón por equipos, en Santa Cruz de Tenerife. Roberto Bueno, séptimo, Jorge Nieto, 14 y Juan Bueno 16, en la meta. Enhorabuena y muchas gracias por dejar tan alto nuestro pabellón y nuestro "jamón Prim".

boletín informativo
ASOCIACION CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador
Eutimio Cuesta Hernández
Diego Losada Cosmes
Fernando Cuesta Martín
Ramón Zaballos Bueno
Juan Manuel González Hernández
Ángel Blázquez Taboada
Jose Luis Rivero del Campo
Juan Bautista Blázquez
Cristóbal Martín Bueno
Gerardo García Cuesta
M^a Teresa Nieto Bueno

ra
Cuentas corrientes:

UNICAJA

ES06 2103 2212 66 0030001166

Cooperativa Macotera "Sección de crédito":

5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Maqueta, fotocomposición e impresión:

COPISTERÍA OPE
PASEO CANALEJAS, 20
37001 SALAMANCA
923 26.42.73

Dirección de la Asociación:
Boletín Informativo
ASOCIACION CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA
C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA
Teléf. 923 25 20 12

asocumacotera@yahoo.es

El grupo Adobe en las fiestas de San Miguel de Peñaranda



“El grupo de dulzainero Adobe de Macotera ha ofrecido un concierto en el emblemático templete de la Plaza de España de Peñaranda, en la víspera de la fiesta de San Miguel arcángel en Peñaranda. El concierto ha formado parte del programa de las fiestas patronales elaborado por el Ayuntamiento de Peñaranda.

Adobe ha interpretado un concierto con canciones de su repertorio habitual centrado en canciones de la música tradicional de dulzaina. En el concierto se han usado otros instrumentos como el saxofón, la guitarra acústica, o diversas percusiones.

Decenas de personas disfrutaron con el concierto ofrecido por Adobe dulzaineros que encandiló al público peñarandino con su música, y su fusión de sonidos. La Plaza de España y el templete se ha convertido así en un magnífico escenario donde disfrutar de la música”

Miguel Navarro (Cope)

La Gaceta. Trisol/ Macotera

05 oct 2021 / 17:49 H.

Macotera exige que la localidad cuente de nuevo con dos médicos

El PSOE y la Coalición Independiente por Macotera (CIM) llevaron la pasada semana al pleno una moción de urgencia para exigir a la Gerencia de Atención Primaria que la localidad cuente de nuevo con **dos médicos de familia**.

El teniente de alcalde, Daniel Cifuentes, explicó que “a raíz de la jubilación de la anterior doctora, la Gerencia no ha cubierto la vacante y **Macotera** cuenta solamente con un facultativo a media jornada para atender a una población de más de 1.000 habitantes, con un alto porcentaje de personas que superan los 70 años y con dos residencias de mayores que carecen de

médico privado”. El grupo Popular pidió que el asunto no se politizara y aprovechó la ocasión para denunciar las averías que viene dando el aparato de electrocardiografía a lo que el equipo de Gobierno respondió asegurando que se solucionan cada vez que el personal sanitario lo pone en conocimiento.

Los populares, tanto el portavoz Jacinto García como la edil Oliva Martínez, insistieron en que Macotera necesita políticas activas para asentar población y aumentar el padrón recordando, además, que el número de médicos asignados a un pueblo depende también de los habitantes. Francisco Jiménez, de CIM, añadió en este caso que “no se trata de quién gobierna, ni del número de habitantes, el problema es la falta de médicos”.

En el pleno celebrado la pasada semana se aprobaron, además, las fiestas locales para el 2022. Estas se celebrarán el 16 de agosto, festividad de San Roque, y el 8 de septiembre, festividad de la Virgen de la Encina. El equipo de Gobierno informó también de una **subvención de 20.000 euros** para poner placas solares en el depósito del agua.

Gala Benéfica
Ayuda a la Palma
31 de octubre 12:00h
 Iglesia Parroquial de Macotera
 3€
COLABORACIONES
GABRIEL CALVO-GRUPO ARENA
ADOBE DULZAINEROS-RAÚL BLÁZQUEZ
 venta de entradas en el Ayuntamiento
 Donaciones : UNICAJA E545-2103-2231-60-0030106702
 Ayuntamiento de Macotera

La Gala fue armonizada por la generosidad y la música. El Grupo Adobe, el Grupo Arena y Gabriel Calvo aportaron la música y el público asistente y los de la fila cero la solidaridad y su generosidad. En este acto humanitario, se puso de manifiesto la sensibilidad y la solidaridad de las personas para con aquellos compatriotas que sufren los efectos de la desgracia. Nos informan del Ayuntamiento que se recaudaron para la causa: 1.176 euros.



Francisco García Salinero toma posesión del cargo de concejal del Ayuntamiento de Macotera, en sustitución de Miguel Ángel Blázquez García. Macotera, 18/11/2021

Vicente Salinero, cuando obtuvo la licencia de aviador, en California



LA MUERTE DE CARLOS EL VICO



Tenía 27 años. Era Cabo 1ª Radiotelegrafista. Murió en acto de servicio, en accidente aéreo el 20 de diciembre de 1955. Su avión se estrelló en Rascafría, cerca del pico de Peñalara, en la sierra de Guadarrama, provincia de Segovia. Debieron perder visibilidad a causa de una gran nevada. La conmoción en Macotera fue enorme. Yo estaba interno en un seminario en Salamanca. Así me lo contaba, por carta, mi madre:

-“Quiero que sepas, que ha pasado una tragedia en la plazuela San Gregorio, ¿te acuerdas de nuestro vecino Carlos el Vico, el aviador? ¡Dios le tenga en su Gloria, su avión ha caído y ha muerto! Ha sido muy triste para todos los vecinos. A primera hora de la mañana, la señora María Teresa y el señor. Mateo han recibido un aviso de la Guardia Civil, para que se presentarán en el cuartel. Allí les han entregado un telegrama con la triste noticia. A la vuelta, la señora María Ignacia y yo, que estábamos barriendo la puerta, extrañadas, les hemos preguntado qué pasaba. Con lágrimas en los ojos, nos han dicho que había habido un accidente, y que su hermano Carlos había muerto. Tragándose las lágrimas, para que no se enterase su madre, han entrado en casa”.

Carlos era vecino, hijo de la señora Ana María la Vica. Casi siempre estaba de viaje. Recuerdo cuando venía al pueblo, desde nuestro portal, se oían los gritos de alegría de su madre, cuando le besaba y abrazaba.

Mientras leía la carta, recordaba cuando Carlos estaba en casa. A veces, a primera hora de la mañana, antes de ir a la escuela de Santa Ana, veía a mi madre que paraba en medio del portal para escuchar su voz cuando cantaba. Tenían una ven-

tana que daba enfrente de nuestra casa, donde tenían el lavabo. Aquellos palanganeros que había en todas las casas: con su palangana y su jofaina con el agua. A Carlos le gustaba la opereta y desde la ventana, mientras se afeitaba, se oía su voz potente: *“Granada tierra soñada por mí, mi cantar se vuelve gitano cuando es para ti...”* Para los niños era un vecino especial. Nos saludaba cuando atravesaba la plazuela, -siempre deprisa-, cuando iba a ver a la novia. Vestía muy elegante, y olía a colonia, lo que en aquellos tiempos no era corriente. Era alto y las vecinas decían que era muy guapo.

En la carta, mi madre continuaba escribiendo:

-“Todas las vecinas nos pusimos de acuerdo para ayudarles. Estaban de matanzas, era el segundo día, -el de los chorizos-. Hicimos lo que pudimos: unas ayudando con la máquina de embutir, y otras atajándolos, mientras la abuela nos miraba extrañada preguntándose: ¿qué estaría pasando? Había que darse prisa, porque la Guardia Civil había dicho que el cadáver llegaría en cualquier momento. Cuando pensamos que ya no hacíamos falta, nos fuimos a nuestras casas. Todas estábamos pendientes con las puertas entreabiertas, y, cuando llegó el coche fúnebre, salimos a acompañar a la familia. ¡Qué pena, su madre y su hermana! Lloramos mucho: ¡Pobre Carlos! Ya no le oiremos cantar más. Por la noche estuvimos velando y pasó algo nunca visto en Macotera: entró la novia, una moza muy guapa”.

Fue mucha la gente que pasó esa noche por el velatorio. Era una persona muy querida y con muchos amigos, al que le gustaba participar en las fiestas. Muy considerado en el pueblo por el trabajo que ejercía. El radiotelegrafista era el responsable de las comunicaciones entre el piloto y el aeropuerto, o con otros aviones. Una profesión que la tecnología hizo desaparecer, pero que en aquellos tiempos eran indispensables.

Por último mi madre me contaba el entierro:

-“Al entierro ha venido medio pueblo, la plazuela San Gregorio estaba repleta. Cuando llegaron los curas con sus casullas negras cantando, “Miserere mei Deus”; la gente quedó en completo silencio, roto por un llanto general cuando sacaron el ataúd con los restos del pobre Carlos. Mientras la gente acompañaba al féretro, camino del cementerio, las vecinas nos quedamos acompañando a la madre. La plazuela ha quedado muy triste, la puerta de la Sra. Ana María está completamente cerrada. ¡Qué tengan salud para encomendarle a Dios, y que el Señor le tenga en su gloria!”

Gene Losada Comenencias

Las personas que conocí, y ya no están

La calle Nueva, hoy P. Nieto.



Todos los días, visitaba la taberna de Pedro el *Pondera* y de la M^a Antonia. Me mandaba mi madre a buscar la media azumbre para comer, pero me encantaba saludar a la familia del señor José Bueno *Caquis* y de la señora M^a Antonia Madrid. Era lanero y tenía la panera al final de la casa, que abría su puerta a la calle Oriente. Me entretenía observando como su hijo Alfonso preparaba los vellones. Me encontraba a gusto charlando un rato con sus hijos Francisco, Alfonso, Ana, M^a Teresa, Antonia, Miguel, Socorro y Carmen. La casa, posteriormente, fue habitada por Francisco Sánchez *Fachenda* y su esposa Paulina Cuesta, con sus hijos, Francisca, Petra, Ángel y M^a Nati.

En la calle, jugaban los hijos de Pedro y M^a Antonia, Francisco, Constante, Fabián, Ana M^a y Gregoria.

Lindero con la casa del señor José *Caquis*, se hallaba la vivienda de Apolinar Blázquez *Panaderín* y de Ramona Madrid Martín, *Ronca*. Era labrador. Tuvieron dos hijos y dos hijas, Isabel, Margarita, Pablo y Juan Sergio. Apolinar decidió adquirir unas fincas en Peñaranda y trasladó allí la labor. Una vez desocupada la vivienda, se asentó en ella Pedro García *Ralín* y su señora Rosa García, con sus hijos, M^a Teresa, Juan José, Margarita y Rosa.

Dejé atrás la corraliza del señor Gabriel *Carrolo*, toqué la puerta del señor Antonio García Cosmes, *Confite*, y la señora Cristina Bueno, la *Pintadora*. No llegué a conocer al señor Antonio, en cambio, la amistad con la familia fue muy estrecha: su hijo Roque fue compañero de mi hermano en el Aspi. Lo mismo sucedía con Manuela, Justo, Antonio y Enrique. Enrique visitaba a mi padre todos los días.

En esta casa, nació el P. Nieto, y Rufo Castelló *Esquiliche* abrió una carnicería, que regentó con su mujer Encarna Cuesta *Capucha*. Tuvieron tres hijos, Rufo, M^o Teresa y Rosa María.

En la casa por debajo, vivió el señor Inocencio Castelló *Esquiliche* y su señora, María Jiménez García, antes de trasladar su hogar a la calle Huertas. Y, en este último caso, su hijo Lucio Castelló y su mujer, Ana María García. Posteriormente, Julián Cosmes sastre y Engracia Cuesta. Actualmente, vive en ella la familia de Javier Castelló *Esquiliche* y Catalina Bóveda.

Sigue la hilera impar con la vivienda del señor Juan José García Nieto *Ralín* y M^a Teresa Nieto Ruano. Sus hijos Manuel, Perfecto, Ana, María Manuela, Cándida, Rosa y Florentino. Pared por medio, la casa del señor Florentino Marcos, *Alubiero*, y de la señora María Hernández Vallejo, padres de Orencio, Lorenza, Manuela, Teresa, Florentina y María, ambas Hijas de la Caridad. Y seguía la casa del señor Dámaso Hernández *Gordito*, y de la señora Ana M^a Martín *Pascuita*, padres de Manuel, Francisca y Teresa. Convivía con ellos Alejandro, hermano de la señora Ana M^a. Y lindera se encontraba la casa del tío Chicharrón, ocupada por Ángel Castelló *Esquiliche* y Griselda Izquierdo, padres de Rufo y de mi amigo Santiago. También fue habitada por Pedro García *Ralín* y Rosa García, antes de trasladarse a su vivienda actual. Pared por medio, la casa del señor Sebastián Blázquez *Panaderín* y de la señora Isabel Sánchez, padres de Julián, don Buenaventura, Juliana y Apolinar. Fue adquirida por Bienvenido Hernández *Vedija* y Petra Gutiérrez. E iniciamos la cuesta, con la casa del señor José Antonio Sánchez Sánchez *Ajero* y de la señora Jerónima Hernández, padres de Pedro, Victoria (Hija de la Caridad) y Ana María. Y sigue la vivienda del señor Isaac Hernández *Berna* y de la señora Isabel, padres de Gabriel, Alfonsa e Isabel, y la casa del señor Antonio García *Chato* y de la señora Ana María Sánchez, padres de Jerónima, María, Ventura, Victoriana, Ángela, Teresa y Juana (las tres últimas, Hijas de la Caridad.) y, después habitaron la misma vivienda, el señor Lorenzo Bautista *Berrendo* y la señora Francisca *Caracolas*, padres de Sebastián, Miguel, Victoria, Sigifredo, Lorenzo, María y Teresa. Sigue con la casa del señor Juan Alonso Blázquez Hernández, *Bolole* y la señora M^a Antonia García Blázquez, Guiña. Sin hijos.

Finalizado este tramo impar, me paso a la otra acera y me detengo en la casa del señor Francisco Sánchez Sánchez, *Echatierra*, tejedor, y de la señora Ana M^a Zaballos *Walías*. Son sus hijos, Teresa, Pedro, Agustín, Juan Manuel y Antonio. La siguió ocupando su hijo Agustín, que contrajo matrimonio con Amparo García Blázquez. Y según subimos la cuesta,

dejamos al lado la trasera del horno del señor Quico y la trasera del señor Remigio *Caquis*, que hacen rincón. Y la casa de la esquina, que supera aquel, fue habitada por el señor Juan Francisco Hernández Jiménez, *Chan*, y la señora Teresa Sánchez Zaballos, *Quesca*. Y pasó, luego, a ser ocupada por el señor Pablo Martín, *Cajarines*, la señora Isabel Blázquez, *Juanperica*, los padres de Remigio, Fernando, José y Rosa. La vivienda contigua fue la residencia del señor Crisantos Hernández Valverde, *guarnicionero*, casado con Ana M^a Blázquez, *Juanperica*. No tuvieron descendencia. Y sigo con la casa del señor Juan Pedro Blázquez García, *Juanperico*, y de la señora Rosa Sánchez Bautista, padres de Joaquín, Ana M^a, Avelina, Isabel, José, Helio y Jaime. Lindera con la casa del señor Juan Pedro, se alzaba la vivienda de Pedro Sánchez Hernández, *Ajero*, zapatero, casado con Petra Blázquez, *Pascuita*, son los padres de Jerónima, Clara y José. Y pared por medio, la casa del señor Jacinto Santos, *hojalatero*, natural de Valdecarros, y de la señora Amalia Pérez, de Tordillos, padres de Feliciano, Ángel, Catalina, Crisantos, Amalia, Manuela y Jacinto. Seguida a la del señor Jacinto, la vivienda del señor Antolín Sánchez, *Pachulo*, y de la señora Úrsula Rodríguez, padres de los *Pachulos*, José, Paula, Isidro, Porfirio, Enriqueta, Feliciano y Serafina. La siguió habitando su hijo Pepe, con su familia. Pared por medio, se ubicaba la casa del señor Agustín Valverde y de la señora Felipa Albarrán, padres de Francisco, Manuel, M^a Ignacia, Josefa, Ángela, Julia, Esperanza y Flora. Y llegamos a la penúltima vivienda de esta hilera par, con el hogar del señor Dámaso Sánchez Ruano, *Villarejo*, y de la señora Genoveva Blázquez Gómez, padres de M^a Francisca, Rosa, Francisco, Tarsila, M^a Teresa, Virgilio y Eufemia. Y separada por el callejo, se halla la casa del señor Ambrosio Orgaz Mesonero, natural de Cantaracillo, y de la señora Ana Bueno Madrid, *Caquinas*, padres de Agustín, María, Liberto, Ana, José y Ambrosio. Después, fue y es ocupada por el señor Alfonso García Vicente, natural del Villar, y M^a Antonia Bueno García, *Panera*, y por su hijo Alfonso García Bueno y su esposa, Petra Martín Bueno. Y cierra el círculo la vivienda de Pedro Jiménez Pondera y M^a Antonia García, de la que ya comentamos al inicio.

La calle Mediodía

Antiguamente, esta calle se la nombraba calle del Piejo. En ella, se encontraba el ejido municipal, campo cercado en el que pastaban los animales de los vecinos; Como consecuencia, la abundancia de insectos era el pan de cada día; razón, por la que la bautizaron con el nombre del Piojo. El 16 de diciembre

de 1887, se personaron varios vecinos de la calle y le pidieron al Ayuntamiento que cambiase su nombre por el de Mediodía. Lo vieron bien los ediles y decidieron que, a partir de enero de 1888, pasase a nombrarse de Mediodía.

Con esta pequeña presentación, me adentro en la calle, y percibo que, en la acera de la derecha, solo había dos viviendas, el resto eran pajares y traseras de la calle de la Botica. Esa casa era propiedad del señor Francisco Jiménez, *Gumersindo*, que, actualmente, habita su hija Pascuala, casada con Gregorio Madrid, y sus hijos, Ana M^a, Isabel, Gabriel, Rosario; anteriormente, la tuvo arrendada don Lugerico, secretario del Ayuntamiento del pueblo. Pared por medio, se alza la vivienda de Antoliano Pérez y su esposa Manuela García, padres de José M^a, Miguel, Antonio y ; y, más recientemente, la casa de José García Morenito y Bárbara Vicente Sánchez.

En cambio, la acera de la izquierda estaba flanqueada por varias viviendas. Haciendo esquina con la calle Nueva, se muestra la casa de la señora Elena Madrid Jiménez, viuda del señor Antonio Jiménez Rubio, quien falleció, junto con su hermano José Manuel en accidente ferroviario en la línea de Medina del Campo- Salamanca, 10 de enero 1918, padres de Gumersindo (fallecido en la guerra y fue enterrado en Moyarusa (Lérida)) y Román. Lindera con esa vivienda, la señora Elena poseía otra casa, que, en un principio, la habitó su hijo Román y la señora Gabriela García *Gabrieluca*. Fueron varias familias, las que residieron en esta vivienda, las integradas por Antoliano Pérez y Manola García, Gabriel Madrid y Anita Bueno, Sotero e Irene, Jesús Blázquez y Rosa Caselles y Francisco Hernández y Margarita García; por último, fue adquirida por Antoliano y Manuela, para construir, en su solar, su tienda de ultramarinos. Pasado el callejón, se encuentra la vivienda del señor Juan José García Alegrete, lanero, y de la señora Beatriz Zaballos Blázquez, padres de Gertrudis, Cándida, Agustín, Miguel, Manuela, Beatriz y M^a Antonia. Pared por medio, se alzaba la vivienda de la señor Lorenzo Bueno y de la señora Ana M^a García Jiménez, *Jorja*. No llegué a conocer al señor Lorenzo, sin embargo, a la señora Ana la visitaba, con frecuencia, de pequeño, pues regentaba una chacinería, oficio que siguieron sus hijos Lorenzo y Nicolás por vida. Completaban la familia sus hijas Ana M^a, Francisca y Antonia. Y cerraba la hilera la casa del señor Enrique García Hernández, *Morenito*, pescadero, casado con la señora Ana Casado Hernández. Aquí nacieron y se criaron sus hijos, Juan Antonio, Bernarda, Segismundo, Victoria, Miguel, Agripina, Luisa y Pedro. Siguieron habitando la casa su hijo Juan Antonio, casado con Manuela Zaballo Blázquez, padres de Antonio, Agustín, Francisco, María, Manuela y Luisa.

Macoterano ilustre Don Ramón Nieto Pérez, Vicerrector de la Universidad de Salamanca (1867)



En el siglo XIX, existió un colega y compañero de don Miguel García Cuesta (nuestro Cardenal), Catedrático de Literatura de la Universidad de Salamanca y nombrado por Isabel II Vicerrector y Decano de la facultad de Filosofía y Letras, el 7 de octubre de 1867.

Al fallecer, el 17 de febrero de 1879, el Rector manifestó *“Deja en el ánimo del Claustro una honda pena y el recuerdo de las relevantes prendas que constituían su carácter”*.

Y, como reconocimiento a su extraordinaria labor, al fin de sus días, fue condecorado con la “Cruz de Isabel la Católica”; condecoración con la que también fue distinguido otro ilustre macoterano, don Gerardo García, Maestro Nacional.

Don Ramón nació en Macotera el 11 de marzo de 1804. Su padre se llamaba Manuel y la madre, Francisca. Su padre acababa de cumplir 58 años y la madre, 34. Ramón tuvo un hermano cuatro años menor que él, Juan, que contrajo matrimonio con Inés Bueno; Ana M^a Nieto Bueno, hija de Juan y de Inés; con veinte años, se casó con Miguel Oreja, de Herrezuelo, en 1857. Don Ramón Nieto fue el padrino de bautismo de la primera hija de este último matrimonio, Ramona de la Cruz Dolores.

A los catorce años, en 1818, estudió el primer curso de Filosofía en el Seminario Conciliar de San Carlos. En 1821, recibió el título de Bachiller por la Universidad de Salamanca. Finalizó los siete cursos de Teología y el 10 de noviembre de 1829,

obtiene el grado de licenciado en la facultad de Teología. El 17 de abril de 1830, le fue conferido el grado de Doctor. Una vez alcanzado el doctorado, trabajó como sustituto en varias cátedras de la Universidad y, el 27 de abril de 1846, fue declarado Catedrático propietario de la cátedra de Perfección del Latín. En el curso siguiente, se le encarga la Cátedra de Literatura Latina.

En 1854, se convoca la Cátedra vacante de Literatura y se presenta como candidato a la plaza. Paga cincuenta reales por derecho de examen por la *Tentativa*. Se le cita el 11 de abril, a las doce de la mañana, para realizar el primer ejercicio; la segunda prueba la lleva a cabo seis días después, a las siete de la mañana. De los tres temas que le salen en suerte, elige el 62, que habla de “La elocuencia antigua y, en particular, de la romana en la Edad de Oro”. Acto seguido, el aspirante a Cátedra es puesto en reclusión en el local destinado al efecto bajo la vigilancia de un bedel. Toda la noche de reflexión y preparación del tema. El día 18, día después, leyó el discurso ante el tribunal, *“que le somete a duras objeciones”*. Se retira, se verifica la votación en el tribunal y es aprobado por unanimidad.

El día 20, se le cita, de nuevo, para realizar el tercer ejercicio; otra vez, tres temas. Elige el número 52, que dice: “Literatura Latina en el siglo de Augusto”. Se recluye de nuevo con la sombra del bedel al lado, y a preparar el tema. Su disertación fue excelente y el tribunal le otorgó la Cátedra de Literatura, el 20 de abril de 1854.

En el terreno pastoral, don Ramón, en 1854, figura como párroco de la iglesia de Santa Eulalia de la ciudad de Salamanca.

Don Ruperto Bueno García, licenciado en Filosofía y Letras, alumno de don Ramón y nombrado Juez municipal de Macotera en 1913, remitió un escrito al Ayuntamiento, solicitándole: *“divida en dos la actual calle del Cristo, en la que nació el Doctor don Ramón Nieto Pérez, honra y prez del profesorado de la Universidad de Salamanca, y para perpetuar la memoria de varón tan esclarecido, se pusiese su digno nombre a dicha calle, desde la casa en que hoy empieza con el número uno, hasta en la que nació él, o sea, señalada con el número siete, propiedad de Ana M^a Nieto Bueno; el resto de la calle continúe con el título que ostenta”*.

Cayó bien la idea entre los municipales, pero, por lo visto, la calle se sigue llamando del Cristo.

Opinión que recoge de nuestro personaje ilustre, don Ramón Nieto Pérez, don Enrique Esperabé de Arteaga, Rector de la Universidad de Salamanca y Senador del Reino en su “Diccionario enciclopédico ilustrado y crítico de los salmantinos ilustres y beneméritos (años 1170 a 1952)”:

“Ramón Nieto Pérez, profesor bondadoso e ilustre, nació en Macotera (Salamanca), y cursó las carreras de Filosofía y Teología, doctorándose en las dos. En los primeros años de su sacerdocio, figuró como auxiliar del cura párroco de su pueblo natal, pero sus aficiones a la enseñanza le llevaron enseguida a la capital de la provincia, donde fue Director y Profesor del Colegio de los Ángeles hasta su desaparición.

Más tarde, opositó a cátedras y obtuvo la de Literatura Española de la Universidad de Salamanca, en la que ocupó también cargos de Decano de la facultad de Filosofía y Letra, y vicerrector desde 1866 hasta su fallecimiento.

En la cátedra era jovial y ameno, pues, a la vez, que explicaba con competencia su asignatura, refería, de cuando en cuando, anécdotas y episodios curiosos e interesantes, para no cansar demasiado a los alumnos y hacerles grata su estancia en el aula. Vivió siempre en una casa de su propiedad de la calle Travesa, con vistas a la plaza de las Escuelas Menores, donde se halla instalada la magnífica y monumental estatua de fray Luis de León; y tenía la costumbre de asomarse a diario y con frecuencia al balcón, con su birrete, a ver transitar por allí a los estudiantes y sonreír con algunos. Nunca se incomodó, ni siquiera cuando alborotaban y daban gritos, y, en momentos de algaradas y motines escolares, solía decirles: “Niños, formalidad y orden”.

Hablaba emocionado del historial brillante del Viejo Estudio, sentía admiración y respeto por su Rector, Mamés Esperabé Lozano, y una verdadera idolatría por su paisano el Cardenal García Cuesta, sapientísimo e inolvidable maestro de su Universidad y una de las más puras glorias de la nación española.

Se enterneció al verse obligado a suspender a alguno de sus discípulos y, al hacerlo, en rarísimas ocasiones, por cierto, les animaba al salir del tribunal para que se aplicasen.

Fue Ramón Nieto Pérez un sacerdote todo bondad y un catedrático culto y muy benévolo; una autoridad suave y celosa, al mismo tiempo, del cumplimiento de su deber, un hombre estimado por sus compañeros y popular entre los estudiantes. Murió en 1879”.

Universitarios macoteranos en el siglo XIX

Ya que estaba enfrascado en las “Memorias de la Universidad de Salamanca de la segunda mitad del siglo XIX, me entretuve en revisar el número de universitarios macoteranos de aquella época. Entre ellos, hallé a Ruperto Bueno García, que obtuvo el grado de licenciado en Filosofía y Letras, en diciembre de 1879. Este muchacho fue alumno de don Ramón Nieto Pérez. Lorenzo Sanjuán Hernández, licenciado en Derecho Civil y Canónico, en febrero de 1878, hijo de Luis Sanjuán, mesonero del pueblo, procedente de Bóveda y la madre de Sangarcía. A este, el Ministerio de Fomento e Instrucción Pública le concedió Premio Extraordinario de carrera con motivo del Regio Enlace de Alfonso XII con doña M^a De las Mercedes (23 de enero 1878). Remigio Zaballos Labajos consigue el Grado de Licenciatura en Ciencias Físicas y Químicas, en septiembre de 1880, hijo de Javier Zaballos, jornalero. José Bautista Blázquez inicia los estudios de Medicina. Pide traslado de Matrícula en 1877 para la Universidad de Madrid, pero vuelve, de nuevo, a la de Salamanca a concluir sus estudios.

En la última década del siglo XIX, se licencian Manuel Sánchez Bautista en Ciencias Físicas y Química, hijo de don Pedro Sánchez, boticario del pueblo. Gorgonio Bueno Jiménez, en Derecho. Mariano Hernández Sánchez, en Medicina, hijo de don Ramón Hernández, médico del pueblo. Pedro Sánchez Losada, en facultativo de segunda clase. Manuel García Blázquez, en Medicina, hijo de Pedro García Nieto, Labrador. Este fue becario y residió en el Colegio Universitario de Santiago el Zebedeo. La carrera la obtuvo con la máxima calificación, parece ser que fue una lumbrera.

Por último, recordamos a la primera mujer universitario de Macotera, Pascuala Sánchez Bautista, abuela de Aurelia, señora de Fernando Bautista, *Monsas*. Se licenció en Farmacia. No estudió en Salamanca, pues no existía esa especialidad en nuestra Universidad. Es descendiente de una familia de boticarios, procedente de Morañuela (Ávila), que se instaló en Macotera en 1740.

LA TEMPESTAD

De nuevo el espacio donde habito ha vuelto a quedar vacío. Vuelvo a sentir la soledad que me aprisiona entre las paredes de la casa. Y solo la esperanza remota de que ella vuelva algún día, aunque sea por poco tiempo, me da fuerzas para seguir viviendo. La segunda vez que ella apareció pensé que se quedaría para siempre, aunque fuera en silencio, pero el destino no fue generoso conmigo, y solo quedó en el aire una posibilidad lejana de que se repita el reencuentro en algún tiempo futuro, si es que antes no me llega el momento de abandonar también este mundo, que se me ha hecho muy duro desde que ella se fue aquel lejano día, día de luto y lloros.

Aún recuerdo la primera vez que volvió a casa. Me sobresaltó sobremanera, pues en modo alguno esperaba su retorno, un retorno solo posible en mi imaginación desbordada por esa tristeza inmensa que me invadía, y que no se alejaba de mi lado desde que ella abandonó la casa ese día triste de llantos y desconsoles.

No la vi llegar, debió de entrar por la puerta de atrás, mientras yo estaba ocupado preparando unas sopas de ajo con las que atenuar el intenso frío nocturno de un invierno gélido, preñado de fuertes vientos y tormentas traidoras que hacían presagiar los más negros presentimientos. Cuando dejé lista la sopa volví al comedor para acercarme a la lumbre, que esparcía unas llamas mortecinas sobre los muretes de la chimenea, y entonces la vi allí, sentada en el viejo sillón que siempre había sido su favorito, y que yo nunca me atreví a usar desde que ella se fue. A pesar de lo inexplicable de su presencia, no sentí miedo, pero mis piernas se negaron a dar un paso más, y mi voz quedó atrapada en la garganta, sin saber si dar un grito de espanto o de alegría inmensa. Dejé pasar unos segundos en silencio, para acomodar mi cerebro a aquella situación tan inesperada como real. Contra toda lógica ella estaba de nuevo allí, con ese hermoso rostro de fina piel que tantas veces recorrieron mis manos antes de su partida. Cuando me acerqué a ella, vi que sus ojos me miraban con una mirada suplicante, como la de un perrillo que entra en el portal de la casa, y te pide con mirada lastimera que le dejes tumbarse en la alfombra de la entrada, hasta que la lluvia desaparezca. Me fijé en sus ropas, y me parecieron viejas y pasadas de moda y tiempo, aunque poco me importaba eso. Estaba allí, y solo unas baldosas separaban su cuerpo del mío. Dejé de mirarme y volvió sus ojos a las llamas, mientras que sus manos permanecían apoyadas sobre el regazo. Las miré, y pude ver que estaban manchadas de tierra, al igual que el sombrero con el que cubría su cabeza. Sin decir nada, pues nada se me ocurría decir, cogí una silla de las que rodeaban la camilla, y me senté a su lado, frente a la lumbre, como hacíamos antaño. Fui acercando mi mano a la suya, despacio, muy despacio, temiendo que al rozarla su imagen se desvaneciera, y, al tocarla, sentí la frialdad de una piel tan gélida como los carámbanos que colgaban puntia

gudos de los canalones de la fachada. Nada, ningún fuego, ni siquiera la leña ardiente que chisporroteaba dentro de la chimenea podría conseguir calentar aquella mano, que, poco a poco, se agarraba tiernamente a la mía, sin saber, en aquel momento, si buscaba un poco de calor o el recuerdo de otros momentos felices del pasado. Toqué su ropa, pasada de moda, y sentí la humedad del agua de lluvia que durante toda la tarde había inundado las calles, y apartando la silla corrí hacia el armario del fondo del pasillo, donde se guardaban las mantas, y, cogiendo la más cálida, volví donde ella estaba, para intentar paliar un poco esa frialdad polar que cubría todo su cuerpo. Los dos permanecíamos mirándonos, sin palabras que entorpecieran el momento. No quise preguntar nada, para no molestarla, deseando que aquel momento se perpetuara eternamente, sin querer saber por qué ni cómo había sucedido este reencuentro, aunque mil preguntas e interrogantes se acumulaban en mi mente. Pero lo importante es que ella estaba de nuevo en casa, después de tantos años de soledad sin olvido, envejeciendo entre soles de verano y fríos de invierno. Ella, con ojos llenos de ternura, me miró de pronto recorriendo todo mi cuerpo, y entonces me di cuenta de la vejez acumulada, de mis arrugas en la cara, de mi cuerpo envejecido, de las zapatillas rotas que calzaba, de mi cabello descuidado y teñido de blanco, y de los ojos hundidos por culpa de los recuerdos y la soledad que quedó en la casa cuando ella dejó su hueco vacío. Sonrió comprensiva sin decir nada, mientras volvía a coger mi mano, y entonces pude comparar: las mías, secas y arrugadas, las suyas, suaves y aún tersas, como si el tiempo se hubiera detenido en ellas. Los dos seguíamos mirándonos al calor de la lumbre, deseando que todo permaneciera así durante una eternidad sin fin.

La lluvia y los truenos seguían llenando de agua y miedo la oscuridad de las calles vacías del pueblo. La luz relampagueante de un rayo entrando por la ventana me hizo reaccionar. Tenía que llevarle algo de cena y preparar la cama, la cama grande, y no la del cuarto pequeño, en la que hacía muchos años que dormía solo y perdido entre recuerdos vacíos de esperanza y vida. Ella estaba allí, y no tenía donde ir. Fui a la cocina a calentar las sopas de ajo que tenía preparadas y, después, puse a su lado un cuenco grande lleno de aquel oloroso y humeante caldo. Ella sonrió cuando reconoció aquel aroma. Pero aquella noche, no se movió del sillón frente a la lumbre. Tampoco tomó la sopa, que se fue enfriando dentro del cuenco.

Los siguientes días la tempestad siguió cubriendo de temor y lluvia las calles. Los vientos huracanados arrastraban a su paso las tejas y los árboles que encontraban a su paso, los gatos huían de sus refugios en los tejados, y el agua entraba por los bajos de las puertas inundando las casas. Todo el pueblo parecía un naufragio. Ella seguía sentada, en silencio, delante del fuego. Llené de cisco y troncos el hogar de la chi

menea para avivarlo, para que el frío que cubría sus manos se apartara. Tenía que salir a comprar pan y huevos, para preparar de nuevo otro caldo caliente, por si ella quisiera probarlo. Un chubasquero grande y botas de agua para combatir la lluvia. Las nubes amenazantes y negras habían convertido el día en noche. Solo un famélico perro vagabundo se cruzó en mi camino antes de alcanzar el olor a pan recién hecho. Al calor del horno se habían reunido un grupo de vecinos, que comentaban sobre las cosechas devastadas por el agua y el viento. Todos maldecían aquel invierno rabioso, que había anegado todas las casas sin respetar, ni siquiera, la iglesia y el camposanto. Yo iba a decirles que ella había vuelto, pero no supe cómo explicárselo. Mejor que fuera ella quien lo hiciera, pensé, cuando el frío se alejara de su cuerpo y pudiéramos ir los dos paseando camino de la iglesia, agarrados de nuevo de la mano como antaño. Compré una torta grande de pan candeal, porque sabía que era el que a ella le gustaba, y, bajo una torrencial lluvia, regresé con urgencia a la casa, para evitar que ella se sintiera sola.

Como si fuera una cifra bíblica, tres días fueron los que ella permaneció en casa, el mismo tiempo que necesitó la tormenta para asolar el pueblo. Siempre delante de la lumbre, que yo me afanaba en alimentar noche y día para intentar espantar aquel traicionero frío que no le abandonaba. Los caldos calientes terminaban enfriándose en el cuenco, y el pan tierno endurecía a su lado, sin probar un solo bocado. Solo apartaba la vista de la lumbre para mirarme con ternura, y sus manos frías se agarraban con cariño a las mías cuando estaba a su lado.

La última tarde, cuando las sombras empezaban a cubrir las paredes de la casa, fui al patio trasero, para coger un saco de cisco con el que alimentar la chimenea para mantener el calor por la noche. Al regresar vi el sillón vacío. Pensé que, tal vez, se hubiera movido para ir a la cocina, pero pronto pude comprobar que se había marchado igual que había llegado, en silencio, con su ropa pasada de moda y su piel fría. Salí, y quise indagar por el pueblo, por si alguien había visto a algo extraño, pero no supe ni a quién ni qué preguntar, porque ni yo sabía cómo explicarlo. El cielo limpio y las estrellas mostrando su brillantez entre las sombras de la noche, revelaban que los días de tormenta habían pasado. Regresé abatido y dándome por vencido, sabiendo que la casa volvería a estar vacía, y que tendría que acostumbrarme a sentir de nuevo la soledad, esta vez atormentado por los recuerdos vividos.

Y fueron pasando nuevos años entre la soledad y los recuerdos. Yo nunca había comentado con nadie sobre el regreso de ella en aquellos ya olvidados días de rayos y truenos, y nunca lo hubiera hecho si no hubiera sido porque, bajo una torrencial lluvia que, durante días, estaba asolando otra vez al pueblo, ella regresó de nuevo a la casa. Era una tormenta infernal, como si todos los dioses quisieran tomarse venganza por los pecados ocultos. El

viento fue arrancando a su paso las raíces de los árboles que marcaban el camino al cementerio, y el agua torrencial había anegado las tumbas de los muertos, y nada, ni siquiera lo más sagrado, se había librado de la furia diabólica de la tormenta.

Esta vez llamé a la puerta para no asustarme. No supe qué decir cuando al abrir vi su silueta húmeda, cubierta con la misma ropa de antes y rastros de tierra sobre su cabello negro. Mostró una sonrisa tierna y una mirada suplicante. Me aparté a un lado para que entrara y se alejara de la lluvia que seguía empapando su ropa. Sus pasos húmedos fueron marcando el corto camino hasta la chimenea. La seguí como un perrillo abandonado que quiere volver a sentir las caricias de su amo. Acerqué a la lumbre cuanto pude su sillón preferido; las llamas chisporroteaban intensas. Mis ojos, humedecidos por lágrimas ocultas, se cruzaron con los suyos, que desprendían deseos inmensos de compañía. En silencio agarré sus manos, suaves pero gélidas, como si la vida no quisiera hacer nido en ellas. Todas las preguntas sin contestar volvieron de nuevo a mi mente, pero, al instante, dejaron de importarme todas las respuestas. Con la palma de la mano quise quitar los rastros de tierra húmeda que cubrían su pelo y el sombrero con que se cubría, pero con un gesto cariñoso me dio a entender que no importaba. Desistí de mi intento y dejé mi mano quieta, pues, incluso así, me parecía la mujer más hermosa, como si nada hubiera cambiado en ella desde antaño, y, en ese momento, me hubiera gustado saber qué le parecía a ella mi vejez ya cansada de penas y años, mas no tuve fuerzas para preguntar nada, solo deseoso de que aquel nuevo encuentro permaneciera en el tiempo, aunque fuera en silencio y con las manos frías de ella acariciando mi cara.

Los días pasaban y la tempestad seguía devastando las calles del pueblo. El viento engullía todo lo que encontraba a su paso. Los árboles se agarraban con fuerza a la tierra y sus ramas se alargaban igual que las uñas de los muertos. Entonces no pensé que fuera por eso, por la tempestad y las lluvias, por lo que ella venía a casa.

Después de tres días, sentado junto a ella, acariciando su cara e intentando dar calor a sus manos, y alimentando la lumbre para que no faltara, decidí salir para hacer algunas compras y ver si algún fenómeno extraño justificaba su presencia. Cerré la puerta tras de mí, temiendo que a mi vuelta ella hubiera desaparecido como la primera vez. Unas negras nubes cubrían todo el cielo, como si fueran un techo empedrado que amenazaba caer sobre las techumbres de las casas. Un viento gélido cortaba la respiración al andar entre una neblina intensa. Los pájaros callados, escondidos entre los huecos de las tejas. Las calles vacías y silentes, con un silencio más propio de camposantos que de vida activa. Tristeza entre las esquinas gastadas por el tiempo. Una lluvia inmisericorde que calaba el cuerpo y también el alma. Atravesé la plaza, mirando a cada lado, por si encontraba conversa

ción con alguien que también estuviera buscando preguntas sin respuesta. Ni los perros vagabundos se atrevían a andar entre las calles salpicadas de barro y agua. Subí la cuesta que me llevaba hacia la casa de Bernarda, para ver si tenía leña, pues mi leñera se encontraba ya medio vacía al tener que alimentar el fuego de día y de noche. Me extrañó ver la puerta candada, contrario a lo que sucedía siempre. Llamé con insistencia, temiendo que le hubiera pasado alguna desgracia, a ella, que vivía sola desde que se le escapó media vida al despedirse de su pequeña niña, que se marchó al cielo antes de que pudiera dar los primeros pasos. Al rato se entreabrió la puerta, y Bernarda, como si quisiera proteger algún secreto, contestó a mi pregunta con un sí seco, sin invitarme a entrar en la casa como hacía otras veces. Antes de despedirme, le ofrecí mi ayuda por si necesitaba algo, y al darme la vuelta para alejarme, escuché un llanto de niño que salía del interior de la casa. Bernarda, azorada y nerviosa, cerró la puerta de golpe. Quise preguntar, pero no lo hice, porque seguramente ella no podría contestar a mi pregunta. Intuí el secreto que se escondía entre la mirada huidiza de ella. Pisando charcos y barro fui recorriendo las calles y mirando a las ventanas: todas estaban cerradas, como si los habitantes del pueblo quisieran alejar del interior de sus casas las miradas ajenas, contrariamente a sus costumbres de siempre. Me acerqué hasta donde vivía Manuel, con el que compartía, a veces, juego de cartas y soledad de vida. Me paré delante de la ventana, y a través de una rendija abierta en la madera pude ver una silueta de mujer, que no tenía que estar donde estaba, pues nadie más que Manuel habitaba en aquella casa. Intrigado, fui acercándome a la casa de María, y agudizando el oído escuché una voz que le hablaba con cariño, y que hacía mucho que no escuchaba. Después llegué a la puerta de Fernando, que siempre lloró en silencio la muerte de su padre, y oí murmullos entre padre e hijo. Recorrí las calles sorteando charcos, y me paré delante de las ventanas de la casa de Virgilio, el panadero, y de Elena, que perdió a su madre cuando aún estaba llena de vida, y de Alfonso, el herrero. Todas ellas cerradas, y descubrí que no era solo mi secreto el que se guardaba en el interior de cada casa. Desanduve el camino recorrido, y al atravesar la plaza, me fijé en la tierra húmeda y removida que se abría frente a la puerta de la iglesia; ni lo más sagrado había respetado la tormenta.

Cuando entré a la casa miré con temor al interior del salón, y me tranquilicé al verla sentada frente a la chimenea, con su pelo aún manchado de tierra, y su mirada dulce, mirándome como cuando éramos felices paseando entre la arboleda que lleva al río.

A la mañana siguiente, antes del mediodía, el repiqueteo continuo de la campana del fuego fue anunciando, con su tañer de alarma, la convocatoria urgente que el alcalde y el cura hacía a los habitantes del pueblo. No sé por qué, pero como si fuera una premonición anunciada, todos nos dirigimos a la iglesia vestidos

como si fuera un día de entierro. En la fachada principal de la iglesia la tempestad había abierto una brecha, por donde se colaban los últimos fríos de la tormenta pasada. Llegamos poco a poco, y nos fuimos sentando en los mismos bancos que cada domingo ocupábamos para la misa. Bernarda, a mi lado, me sonrió, y con un sonrojo en las mejillas me mostró un viejo sonajero que llevaba escondido entre las manos. Me quiso preguntar algo, pero no pudimos seguir hablando, porque el alcalde, acompañado por el párroco, comenzó a hablar desde lo alto del púlpito. Fueron explicando que la torrentera de agua, que había llegado con la tempestad, había anegado, otra vez más, todo el campo-santo; y el gélido frío, convertido en hielo, había roto y levantado las lápidas de los muertos.

Mientras hablaba el alcalde yo pensaba solamente en ella, con su pelo negro manchado de tierra seca, y sola frente a la chimenea intentando arrebatarse un poco de calor a las llamas, para aplacar ese intenso frío que nunca le abandonaba, y hubiera querido salir corriendo de la iglesia para estar a su lado y abrazarla.

El Alcalde, con tono solemne, dijo que había que evitar que con cada tormenta las tumbas se anegaran, y con voz autoritaria anunció que solo había una opción, consensuada y apoyada por la autoridad religiosa representada por el cura párroco que lo acompañaba: había que trasladar todas las tumbas a lo alto de un cerro cercano al pueblo, para que las aguas tormentosas no perturbaran nunca más el sueño de los muertos. Pero muchos se negaron. Virgilio, el panadero, se opuso, porque quería ver a su mujer, aunque solo fuera en tiempo de tormentas. También Bernarda gritó que no le apartaran de su niña, ahora que la tenía para arrullarla y darle calor con sus manos para quitarle el frío. Estuvimos en la iglesia discutiendo durante horas sin llegar a ningún acuerdo. De pronto, por el hueco que la tempestad había abierto en la fachada de la iglesia, entró el primer rayo de sol después de tanta niebla.

«¡Seguro que ya se han ido!» —gritó Alfonso, el herrero, con voz entrecortada.

Nadie dijo nada más. Nos miramos unos a otros con la certeza de una nueva despedida. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Todos quisimos salir los primeros, y atropelladamente abandonamos la iglesia. Aún corría el agua por las calles, pero se habían disipado las nubes y el cielo se estaba abriendo a un nuevo día sin lluvia. Llegué a casa corriendo, y mis pies, parados por el miedo, se frenaron a la entrada. Abrí con sigilo la puerta, temiendo no encontrarla. Entre en el salón tan despacio que hubieran trascurrido siglos de ser mi corazón quien midiera el tiempo. El sillón estaba vacío, y las llamas apagadas, pero, al menos, esta vez, ella había olvidado su sombrero. Limpié la tierra seca que lo cubría, y lo guardé en el armario, no siendo que cuando volviera el frío y la tormenta ella pudiera necesitarlo

Antonio Blázquez Madrid

FOTO SIGNIFICATIVA.



Yo lo tengo todo hecho y el niño todo por hacer. El pasado - presente, y el presente - futuro, juntos. Yo le puedo contar experiencias de la vida, y él escuchar y aprender, para que las generaciones no rompan las cadenas de la historia.

El niño caminaba junto a su abuelo. Es mellizo con su hermana. Ha cumplido nueve años. No nació en Macotera y observa extrañado todo el entorno, hasta a mí me mira con sospecha. ¿Quién es este tío tan grande, que se mete con mi abuelo? Me mira de arriba abajo con los brazos pegados al cuerpo, como firme. Despide bondad e inocencia, sin la picardía, que dan los azotes de la vida. A su edad, desconoce lo que son los azotes, porque, ya, en estos tiempos, no se permiten dar azotes en el culo a los niños, salvo, el que se da al bebé, cuando nace, para que despierte y lllore.

Su abuelo estaba empeñado en enseñarle lo que es un río. Mal ejemplo, porque el río de Macotera es más de arena que de agua. Y, cuando el maestro, en la escuela, le explique que el río es una corriente continua de agua, el muchacho se va a quedar confundido. Y seguro que va a levantar la mano, y responderá: "No es así, señor maestro, porque, en el pueblo de mi abuelo, hay un río, que es de arena, y no corre".

Y seguimos la ruta rumbo a las Cárcavas. Y le iba señalando: ese edificio roto fue un lavadero de lana. Y cruzamos el río, que yo lo nombré arroyo, y su abuelo, arre que arre, que es un río, pues así se lo habían enseñado cuando era chico. Y ese otro fue un molino harinero. Y le espetó el nieto:

- ¿Y esa piscina que hay a la izquierda?
 - Eso fue una balsa, donde se almacenaba el agua para mover la piedra de moler el trigo.
 - ¿Y esa puerta de hierro oxidada?
 - Dejaba pasar el agua para llenar una charca y regar un prado, que veréis más adelante, que corría por ese canal tapado de hierbajos, que nosotros llamamos cañera.

Y mientras el abuelo le explicaba la diferencia entre una zarza de escaramujos y otra de moras, yo, cansado, me volví a casa, y dejé a mi nuevo amigo Oxel con la voz de la experiencia..

Nuestro paisano, Santiago Horcajo Zaballos, agente de la Guardia Civil, ha sido condecorado con la "Orden del Mérito del Cuerpo" y con la "Cruz de Plata a la Constancia".



"Macotera ha vivido una especial celebración el **Día del Pilar**, realizando un emotivo acto de homenaje y reconocimiento al **agente de la Guardia Civil** del municipio, **Santiago Horcajo Zaballos**.

El Ayuntamiento ha sido el lugar en el que el agente de la Benemérita ha recibido la **Orden del Mérito del Cuerpo**, en reconocimiento a las labores de asistencia ciudadana y apoyo desarrollados a lo largo de la pandemia por el Covid-19. Además de esta, también recibía la **Cruz de Plata de la Constancia** tras cumplir 25 años de servicio en la Guardia Civil.

Unos reconocimientos, que han contado con la presencia de familiares y amigos del protagonista, quien recibía ambos distintivos de manos de Superiores del Cuerpo y del propio Consistorio de la villa".

Santiago Horcajo Zaballos es hijo de Santiago *Cusina* e Isabel *Canina*, familia del barrio de Santa Ana. Estudió en Madrid, Hostelería y Turismo, aunque nunca las ejerció. De bien joven, le gustó la vida militar e ingresó en el ejército en 1988, como voluntario en la Brigada Paracaidista. Formó parte de la II Bandera de paracaidistas, sección de Milán. En 2001, ingresó en la Guardia Civil, y, previamente, realizó el curso de Paracaidista Español y Belga y N.R.B.Q. Estando en la Brigada Paracaidista, en Alcalá de Henares, ejecutó innumerables maniobras tanto en territorio nacional como en el extranjero. Fue destinado en Bosnia- Herzegovina, en la localidad de Medjugorje, realizando el cometido de protección de autoridades y edificios, así como patrullas por la población. Cuando estuvo a punto de partir destinado a Kasovo, entró en la guardia civil.

En la guardia civil, tras el paso por la Academia, le destinaron a la localidad de Torija (Guadalajara), donde realizó el servicio de seguridad ciudadana y comandante de puesto; después salió destinado a Madrid, sección de conducciones y custodia de presos, para finalizar, hasta el momento, en la Prisión de Alcalá- Meco, donde trabaja actualmente.

Enhorabuena.

LA MALFORMACIÓN

*A mi amigo Don José García Bautista
(Pepe el de las Fidelas), sabio escatológico.*

El médico especialista, en una revisión rutinaria, ya había advertido a la madre que aquel niño, en la etapa de la pubertad, podía tener complicaciones con su órgano genital. Y así fue; se daban algunos casos en esta etapa, que un pene en erección pudiera apuntar a distintos puntos cardinales. En el hijo de esta mujer apuntaba al Norte (hacia arriba). Esta malformación era operable, pero había que abordarla más adelante según la evolución y las dimensiones del órgano.

En las reuniones familiares, cuando se trataba el tema, el abuelo era el único que no veía con malos ojos la preocupación familiar. Decía que la malformación del nieto era una cualidad y que el niño la valoraría, positivamente, según fuera cumpliendo años.

Al médico, para que la madre evitara tener que ir a tantas consultas a la capital, con buen criterio, se le ocurrió que cada seis meses un fotógrafo le hiciera al niño una fotografía del pene y se la mandara a su consulta para poder así valorar la incidencia de dicha malformación.

El niño, ya mozo, veía con cierta naturalidad la inclinación de su pene, salvo en el caso de mear, que tenía que hacer una presión manual sobre el miembro hasta llegar a la inclinación adecuada para no manchar la ropa.

Los amigos estábamos familiarizados con el miembro del mozo, porque, a veces, solíamos mear en corro en las eras y apostábamos a ver quién alargaba más el chorro a lo alto y a lo largo.

Estos acontecimientos se corrían como la pólvora y eran del dominio público. El mozo se quejaba porque observaba en los hombres cierta mofa, aunque se alegraba de las miradas lujuriosas de las mujeres atrevidas.

En los alrededores de la Plaza Mayor de todos los pueblos que he conocido, siempre ha habido rincones en calles poco transitadas donde, el personal falto de higiene, hacía sus aguas mayores y, sobre todo, menores. Esto sucedía, aprovechando la oscuridad de la noche durante los acontecimientos, que solían darse en días festivos.

En aquellos años 50 del siglo pasado, no había agua corriente ni alcantarillado en la mayoría de los pueblos. Los bares solían tener un espacio habilitado de uso público, con un pozo ciego, pero carecían de salubridad y eran utilizados por los clientes que consumían; los que no consumían, los de paso, eran mirados con malos ojos por los dueños del establecimiento; de ahí la famosa frase: "...a mear a las eras...".

Utilizar este servicio era muy incómodo, porque se hacía muy larga la espera por la afluencia de tanto personal necesitado de alivio o de aligerar la carga, cuando no te dabas de bruces con las palabra más usadas "...ocupado y averiado...". No había espacio para tanto desahogo y la gente no acudía a sus casas por premura o por distancia, recurriendo presurosos a

los lugares de "prestigio", como eran: El Encañao, un rincón detrás de la torre de la Iglesia y el callejón que hay detrás del estanco, cuya limpieza fue encomendada, muchos años después, a unos mozos como castigo por alguna fechoría que habían cometido.

El Viernes Santo cerraban los bares durante la procesión. La gente se agolpaba llenando la Plaza Mayor a la espera de ver las imágenes religiosas de sus respectivos pasos, con una devoción y un entusiasmo envuelto en un forzoso silencio.

El redoble del tamboril, al paso de

los Nazarenos, iniciaba el habitual recorrido por las calles del pueblo. El sol se ocultaba y una oscura sombra cubría el paisaje reluciendo con más fuerza las llamas de las velas. La Plaza quedaba limpia de gente. Solo unos cuantos amigos rompíamos el silencio debajo de los soportales.

Vimos al famoso mozo muy nervioso yendo de un lado para otro, dudando donde poder desbeber la cantidad de limonada que almacenaba en su cuerpo. Se dio cuenta de que no le daba tiempo a llegar a alguno de los sitios de "prestigio" y optó por la pared de la casa de enfrente. Con una mano sostenía el borde de la gabardina, tapando la acción para no dejar ver nada a la curiosidad de algún transeúnte. Con la otra mano, sujetaba el miembro para ponerlo en la posición correcta.

Salía el espumoso y humeante chorro con estrépito, chocando contra el ladrillo de la pared y bajaba guiado por el bordillo de la acera con rapidez, calle abajo; mientras, en su cara, se observaba un suspiro de alivio y una sonrisa de tranquilidad.



Foto. Antonio Pericache

Encima de su cabeza, en una ventana, aparecía expectante la dueña de la casa. No sé si por humanidad o porque se recreaba viendo con certeza la verdad de lo que se hablaba en los chismes del pueblo.

Unos segundos después, con ímpetu, la dueña abrió la ventana y asomándose abroncó al mozo diciéndole: “¿Qué haces marrano? ¿Por qué no te vas a mear a tu puta casa?”. El mozo, asustado, dejó caer la gabardina y la mano que guiaba el pene, dejó de hacerlo. De repente, se volvió hacia arriba la curvatura del órgano y se bañó de limonada toda su cara y parte de su pecho.

Jerónimo Salinero



Presentación del libro
y coloquio
Invitada:
Patricia Villasante

Exposición de dibujos
y entrega de premios
II Concurso Infantil de
Dibujo Taurino.



Domingo 31 de Octubre
A las 19 horas
Salón de actos de la Cooperativa de Macotera



(Uso obligatorio de mascarilla)

PEDRO “EL DE EUSEBIO”. EL ÚLTIMO JORNALERO.

A veces las palabras tienen dificultades para expresar todos los sentimientos.

Los que tenemos unos años menos que esta generación, nos acordamos de los buenos jugadores de fútbol que había en ella. Pedro no estaba entre ellos. Tenía otras aficiones. La máquina era uno de los lugares más visitados. Destacaba en los campeonatos que organizaba el Frente de Juventudes en las eras. Campeonatos disfrazados de deporte, en los que había que cavar una zanja con determinada distancia, profundidad y tiempo. Era uno de los mejores segadores. Los veranos en la huerta de “la Huelga” nos acercaron mucho más que nuestro parentesco.

Perteneció a una generación que comenzó a trabajar con pantalón corto y poca escuela. Después de muchos años, trabajando como si no hubiera otra cosa que hacer, vinieron los problemas de salud y, más tarde, la soledad. Por si fuera poco, los dos últimos años, no sabemos si los hemos vivido o hay que empezar de nuevo a establecer contactos, relaciones donde lo habíamos dejado en 2019. ¿Cómo soportar tantos días y tantas noches? Quizás había que haber ampliado la mirada para hacer la vida un poco más llevadera.

Miles de horas jugando a la brisca. ¡Qué alegría cuando te ganaba!, ¡eran tan pocas veces...! Es de las pocas ocasiones en las que he puesto interés en las cartas, con el fin de evitar el ridículo. Un día dijiste que se habían acabado las cartas: tu mayor distracción.

Vinieron las cenas de fin de año; los últimos del “sobrao”. ¡Qué variedad de gente!, ya faltan algunos. También acabaron las cenas.

Las piedras de la plaza notarán la ausencia de tus ligeras posaderas. Cada vez hablabas menos y tu voz era más débil. Tus respuestas eran gestuales, esas manos abiertas y hombros encogidos. Estabas cansado. El lunes fue un mal día.

Me sorprendiste hace poco con esa historia de tu padre, haciendo lo imposible, para que no se curara la herida de la mano y así evitar ir a la guerra. Sabía que algunas noches se escondía en la casa de la abuela Lucia, pero lo de la herida nada, podías haber esperado un poco para saciar mi curiosidad, y porque teníamos pendiente hacernos cocinillas.

La última lección a final de verano: “¡Esas peras tienes que cogerlas ya!, y así fue.

Deseo que, desde la serenidad y la sabiduría, hayas salido del escenario al que uno se ha visto obligado a subir sin que le solicitaran su consentimiento, y si hay un lugar donde ir después de esto, es muy probable que vayamos al mismo sitio.

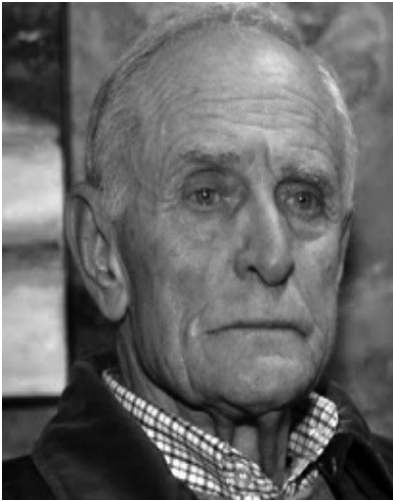
Hasta la vista.

Agustín Bóveda Bueno

Difunciones

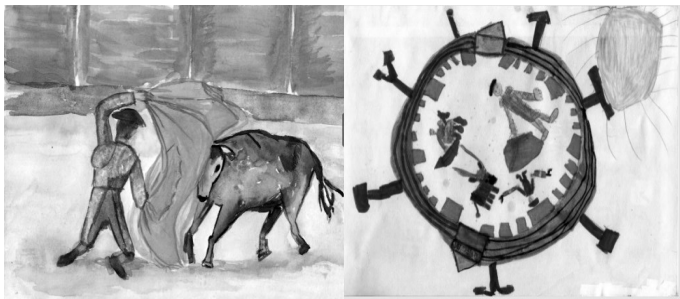
Felipa Domínguez Cuesta, *Molinera*
Aniceto Izquierdo, *hijo de Lorenzo Aceto*
Juan Francisco Aguado Lara, *marido de M^a Mar Madrid, hornera*
Lorenzo García Zaballo, *Cantarillas*
Pedro Bóveda Losada, *Vaquero*
Francisca Bautista Gómez, *Discípula de Jesús.*
Manuel Bueno Sánchez, *hijo de Julián Panera.*
Doña Daniela Sebastián Martínez, *Maestra Nacional.*
Rafaela Pérez García, *Chaquetilla*
Pedro García Martín, *Ralín.*
Estelita, *esposa de Francisco Jiménez Barriles*

La Asociación Media Verónica continúa su actividad



El pasado 31 de octubre la Asociación Media Verónica retomó sus coloquios taurinos después de casi dos años del último, y para ello contó como invitada con la periodista Patricia Villasante, que nos presentó su libro "Marcial Villasante, una vida dedicada al toro". Patricia es hija de Marcial, personaje singular del mundo del toro que falleció hace tres años y que estuvo muy

ligado a Macotera durante más de tres décadas, en las cuales colaboró en la organización de los festejos que se celebraban en nuestra plaza de toros. Desde la Asociación quisimos que este acto sirviera de homenaje y reconocimiento a su labor. Su hija, visiblemente emocionada, agradeció enormemente el cariño y el trato de nuestro pueblo a su padre durante tantos años.

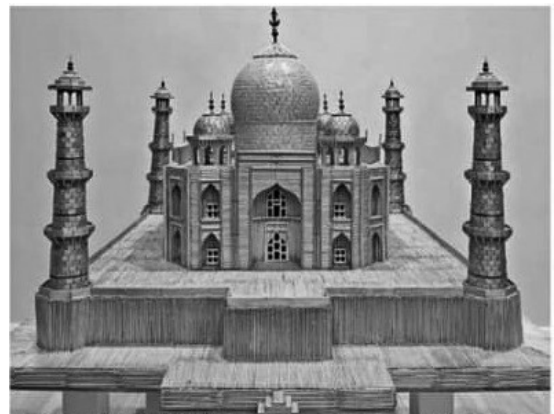


A modo de resumen, durante estos últimos dos años y a pesar de las circunstancias sanitarias que impedían la celebración de actos presenciales, la Asociación ha querido mantener viva la llama de la afición en Macotera y no ha cesado en su actividad. Adaptándonos a los tiempos que nos ha tocado vivir, se han celebrado coloquios en formato virtual con un ganadero, Antonio López Gibaja, y dos matadores de toros, Javier y Damián Castaño. Hemos convocado dos Concursos de Dibujo Taurino para niños, de los cuales han resultado ganadores

D.....
 C/.....nº.....Piso
 Localidad.....C.P.....

Miguel Sánchez y Aitor Zaballos en la edición del 2020, y Susana Oreja y Samuel Hernández en la del 2021. Se han entregado carretones, muletas, capotes y libros a los ganadores. También, en los momentos duros de la pandemia se colaboró, a través de una campaña solidaria taurina, con el Banco de Alimentos de Salamanca para ayudar a los más desfavorecidos. Se han elaborado y repartido mascarillas higiénicas. Y ya este verano, cumpliendo con las medidas de seguridad que eran necesarias, se ha vuelto a organizar el Encierro Infantil para los más pequeños. En esta ocasión se celebró en la Plaza de Toros y contó con una afluencia masiva de niños. Confiamos que el año que viene podamos recuperar la normalidad en nuestra actividad como Asociación, y ojalá el próximo verano las fiestas de San Roque puedan volver a contar con festejos taurinos en su plenitud, incluyendo los tradicionales festejos populares que se han echado en falta este último año.

El "Taj Mahal", el gran mausoleo, símbolo de la India, con 15.000 palillos.



Javier Jiménez Gutiérrez, hijo de Javier zapatero y de Teodora, *Guchina* ha urdido la maqueta del Taj Mahal de la India con 15.000 palillos.. Nos ha manifestado que tiene tanta paciencia, que le ha dado tiempo a contar los palillos que ha utilizado. Nos lo cuenta así: "Me ha

servido de entretenimiento para pasar los confinamientos de la pandemia covid". Nos explica cómo hace tres años empezó a construir la base del "Taj Mahal" y a seguir poniendo palillos a ver cómo quedaba el diseño.. El mayor alcance de la obra coincidió con los meses más duros de la pandemia, encerrado en casa. El teletrabajo y los ratos empeñados en la obra, pegando palillos y cortando las piezas de las torres y cúpulas, han dado su fruto". **Enhorabuena, mozo.**